

# Incomunicación

"Matilde"

Por Daniel Guebel

(Sudamericana)

EN la primera novela publicada por el autor, *Arnulfo o los infortunios de un príncipe* (1987), ya se observaba el surgimiento de un estilo inteligente, original, respetuoso de un orden argumental pocas veces explicitado pero nunca ausente, iniciando una sucesión de obras que más adelante completó con otras tres novelas (incluyendo a la que comentamos) y un volumen de cuentos. En todos los libros de Daniel Guebel puede notarse cierto ejercicio de distanciamiento con respecto a la historia y a sus personajes, lejanía que deja espacio para la sutileza irónica, el humor y la parodia, como un consciente esfuerzo que tiende a fijar límites en la relación entre el autor y su creación.

De sus primeras obras, en la que se percibía un narrador no siempre identificable, donde el humor y la desmesura argumental confluían para crear una historia donde hablaban todos o parecía no hablar ninguno, se conserva aún cierto gusto por el absurdo, por la transgresión y lo



Guebel

cómico que subyace en la tragedia.

En *Matilde* se narra una historia de amor insólita, donde la causalidad que mueve a los personajes se pierde en una maraña de signos e interpretaciones que casi siempre conducen a una dimensión incierta y lejana. En el principio, cuando Matilde —una mujer casada, impetuosa e inexplicable— conoce a Emilio y se convierten en amantes, le explica que el vínculo que los une se inscribe en lo oscuro y lo inexpresable. A partir de entonces toda su historia se caracterizará por las acciones injustificadas, nacidas casi siempre en la falta de comu-

nicación entre ambos. Cada uno de ellos ha sido concebido como una unidad cerrada, ajena a la posibilidad de entender a los demás. Harta de los desencuentros, Matilde decide marcharse, desapareciendo de la vida de su amante, quien comienza a vivirla como un ser que ha muerto.

Entonces decide construirle un lujoso monumento mortuario. Esto prefigura el clima de incomunicación y la compleja trama de símbolos que puede leerse detrás de la historia, que irá creciendo en complejidad con el paso de los capítulos.

Escrita con un lenguaje llano y un estilo directo, es una historia atrapante que no decae en su ritmo y que, pese a la complejidad de algunos pasajes, invita a una lectura sin pausas. También contribuye a ello el tema, que une cuestiones como el amor, la incomunicación y toda la simbología que se ha creado a su alrededor, dando por resultado una historia que se ocupa de un asunto muy poco novedoso y sabe llevarlo a una dimensión desconocida (167 páginas).

Daniel Celis  
(c) LA NACION